

125.º ANIVERSARIO DEL MOVIMIENTO INTERNACIONAL DE LA CRUZ ROJA Y DE LA MEDIA LUNA ROJA

Es grato a la Revista publicar a continuación una reflexión de la doctora Olga Milosevic sobre la significación y la permanencia de la Cruz Roja, 125 años después de su fundación.

Asistente en la Facultad de Medicina de Belgrado antes de la Segunda Guerra Mundial, combatiente durante la guerra de liberación yugoslava, la doctora Milosevic fue, de 1947 a 1963, secretaria general de la Cruz Roja Yugoslava y miembro del comité central de dicha Sociedad Nacional. Actualmente sigue siendo miembro activo de la Cruz Roja Yugoslava. Por la amplitud de sus actividades sociales y de sus funciones en dicha Sociedad Nacional, la doctora Olga Milosevic ha contribuido a una mayor aceptación por parte de la Cruz Roja del principio de los servicios a la comunidad.

Como experta de la Liga de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, ha participado en la elaboración del programa de desarrollo de la Liga y en la evaluación de los seminarios organizados para las Sociedades en formación.

La magnitud de su compromiso personal en el desarrollo de las actividades humanitarias y su gran dedicación en el ámbito de la asistencia a los heridos, a los enfermos y a las víctimas de la guerra hacen de ella un ejemplo de modestia y de humanidad.

Por tales méritos, la Comisión Permanente de la Cruz Roja Internacional decidió por unanimidad, en la sesión del Consejo de Delegados, el 25 de octubre de 1985, asignarle la Medalla Henry Dunant.

*
* *

Permanencia de la Cruz Roja

La idea de la Cruz Roja surgió del sufrimiento y, exactamente, del sufrimiento causado por la guerra. Dicha idea ha sido puesta en práctica mediante acciones humanitarias en beneficio de la humanidad y no ha dejado de enriquecerse con los conocimientos adquiridos y las experiencias vividas en el transcurso de su larga historia.

Es bien sabido que un hombre solo, un hombre de bondad, lleno de compasión por los que sufrían, supo despertar esta misma compasión y la voluntad de ayudar en muchísimas personas que hasta entonces eran indiferentes, y que fue capaz de inducirlos a poner sus cualidades al servicio de una noble causa humanitaria. Poniendo en práctica su gesto humanitario, dichas personas no se preguntaban quién era el amigo o quién el enemigo; lo importante era aliviar el sufrimiento y salvar vidas humanas.

La experiencia de Solferino, la sensibilidad que sentía frente a los sufrimientos ajenos, la necesidad que veía de organizar la asistencia fueron otros tantos factores que inspiraron a Henry Dunant y que, junto con un grupo de hombres que compartían las mismas ideas y las mismas aspiraciones, lo incitaron a crear una institución que después se convirtió en la Cruz Roja. Desde entonces, la Institución no ha dejado de crecer hasta convertirse en universal. Y, en todos los países del mundo, un número cada vez mayor de hombres y de mujeres se ha unido al Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, a fin de alcanzar sus objetivos humanitarios.

En el transcurso de decenios, la Cruz Roja se ha convertido en un movimiento importante en la vida del mundo: es una de las más antiguas instituciones que actúan en beneficio de la humanidad; hasta tal punto que puede uno preguntarse por qué milagro, a pesar de los acontecimientos que agitan el mundo, se mantiene desde hace tanto tiempo y por qué razones. La respuesta es evidente. La Cruz Roja tiene profundas raíces históricas, tiene una larga tradición de servicios orientados hacia la justicia y el bien. Es una institución *sui generis* que ha podido resistir al paso del tiempo, fortificada con la confianza de sus miembros, que nunca ha traicionado.

Nacida en la guerra, la Cruz Roja contribuye considerablemente a la defensa de la paz y ejerce una influencia pacificadora sobre las causas mismas de los conflictos, pues la paz no es solamente que no haya guerra.

Desde su fundación, la Cruz Roja también se ha preocupado por el bienestar de la humanidad, prestando atención a las necesidades de las comunidades, adaptando sin tregua su cometido y sus deberes a dichas necesidades.

La Cruz Roja ha logrado que los hombres y las mujeres sean conscientes de su propia fuerza y que se acepte el principio que enuncia el derecho que tiene todo individuo a vivir con dignidad. Sin duda alguna, la ayuda prestada a los que sufren es una grandísima contribución a una vida mejor; pero es de igual importancia contribuir a la prevención de las causas de dichos sufrimientos que, a menudo, son la consecuencia de la ignorancia y de la pobreza. Lo que impone a todos, y a la Cruz Roja en particular, labores siempre nuevas, cada vez más difíciles.

Por todas estas razones, la Cruz Roja ha reunido a un número cada vez mayor de personas que se preocupan por la justicia y la verdad, ha logrado mantenerlas en su seno y conseguir nuevos seguidores.

Con la Cruz Roja han crecido generaciones de jóvenes, dispuestos a hacer el bien, y han sido formados para que, al ser adultos, animados por los principios humanistas, continúen las acciones humanitarias de sus antepasados, con miras a un mejor futuro.

El camino que ha seguido la Cruz Roja a lo largo de la historia es el que lleva a una mayor equidad, a un desarrollo social y cultural más universal, a la verdad y al humanismo, así como a la realización de los más altos ideales del hombre. Compartiendo la suerte que corren los pueblos en el mundo, adaptándose a las necesidades del momento, la Cruz Roja ha podido resistir a todas las tormentas de los siglos XIX y XX; ha sido un elemento de progreso luchando por la dignidad del hombre, por el respeto y la consideración mutuas, por un mundo de amor y de paz.

Cuando una fuerza poderosa se precipitó en mi país, sembrando la miseria, la destrucción y la muerte, el pueblo se sublevó, por su dignidad y su libertad, contra la esclavitud. También yo lo hice. Adquirí entonces nuevas experiencias que me han mostrado, en circunstancias sobre manera crueles, todo lo bueno que hay en el hombre, y hasta qué punto puede realizar actos de abnegación y desplegar esfuerzos para instruir, formar y hacer vivir.

Fue así como, desafortunadamente, reviví —si se me permite decirlo— la experiencia de Henry Dunant en Solferino. Pero con la diferencia de que ya existía la Cruz Roja y debíamos aplicar sus principios en la acción. En las matanzas, en las destrucciones y en los incendios es donde se pueden apreciar las virtudes humanistas, así como la imposibilidad de humanizar la barbarie.

Terminada la Segunda Guerra Mundial, ingresé en la Cruz Roja Yugoslava con el deseo de servir a mi pueblo y a los demás y de hacerles sacar provecho de mis conocimientos. Mis esfuerzos no han sido vanos.

En un país que ha recobrado la libertad, nos hemos dedicado, sirviéndonos de la experiencia adquirida en el pasado y en la guerra, a mejorar el diario vivir de las comunidades. Hemos empleado nuestras fuerzas para ayudar a la gente, para enseñar a las personas a ayudarse entre sí, a fin de proteger su salud y la de su entorno, para contribuir a mejorar su diario vivir y la igualdad social. Hemos desplegado nuestra acción como enseñantes, a fin de hacer ver los peligros diarios que son una amenaza para la salud y la vida social del individuo y de las comunidades. Hemos emprendido y organizado acciones recurriendo a todas las fuerzas benévolas dispuestas a participar en la obra de la Cruz Roja.

Hemos querido que las demás Sociedades Nacionales de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja compartan estas experiencias sacando, al mismo tiempo, provecho de las respectivas experiencias.

Nuestro pueblo se ha entregado de todo corazón a las actividades de la Cruz Roja, dispuesto a ayudar al ser humano tanto en su país como en el extranjero, y a tratar de encontrar soluciones a los problemas con los que se enfrenta la humanidad.

La Cruz Roja Yugoslava se ha hecho siempre paladina de la «solidaridad permanente», pues hay infortunios diariamente y la enfermedad, la miseria, el hambre y la ignorancia no son calamidades menos graves que las catástrofes naturales. En dichas circunstancias, la Cruz Roja puede movilizar fuerzas considerables para aliviar los sufrimientos y la solidaridad puede ejercerse plenamente.

Como contribución a la cooperación en el marco del Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, considero que es mi deber comunicar nuestras experiencias y los resultados de éstas así como los medios y los métodos que han hecho posible que alcancemos dichos resultados en nuestro país. Durante todos estos años, he tenido el gran privilegio de beneficiarme de una cooperación sincera y amistosa en mi trabajo con organizaciones internacionales, así como con particulares en dichas organizaciones.

Hemos apoyado siempre la cooperación de la Cruz Roja con las demás organizaciones internacionales que tienen cometidos similares y, a este respecto, conocemos bien la importante función del Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja para lograr el objetivo fijado en la Conferencia de Alma-Ata: «La salud para todos en el año 2000», que sólo puede alcanzarse mediante el

compromiso de todos los pueblos. Adoptando este objetivo, la Cruz Roja sigue siendo fiel a su misión fundamental, que es prevenir y aliviar los sufrimientos del hombre en todas las circunstancias, proteger la vida y la salud, así como hacer respetar a la persona humana. Con el apoyo de las más amplias capas sociales de la población, cumple su deber humanitario por el bienestar del hombre.

Después de muchos años de trabajo en la Cruz Roja, mi Sociedad Nacional me ha honrado otorgándome sus más altas distinciones y proponiendo mi candidatura para la más noble recompensa del Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja: la Medalla Henry Dunant, que me fue discernida en 1985. Me permito repetir lo que dije entonces:

«La Medalla Henry Dunant no sólo representa para mí un gran honor, es algo de mucho más valor. Es el símbolo de la convicción de que, a pesar de las dificultades y los obstáculos, la humanidad aspira a un mejor futuro: a que los pueblos se conozcan mejor aún, se respeten y se ayuden en todas las circunstancias; a que se den la mano y vivan en paz, en libertad y con dignidad.

Con las fuerzas que me quedan, continuaré el camino que ya he empezado, y deseo que todos tengan mucho valor, a fin de que sigan izando, muy alta, la bandera de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, pues dicha bandera no es la de ningún país, es la de toda la humanidad, como dijo Henry Dunant».

Doctora Olga Milosevic